

CLETO

Manual del buen animal



Pero sobre todo
manual de fe y esperanza

Ylia Kazama

CLETO

MANUAL DEL BUEN ANIMAL

PERO SOBRE TODO

MANUAL DE FE Y ESPERANZA

YLIA KAZAMA

Copyright©2015, by Ylia Kazama.
Foto de portada: Juan Waroquiers.
Diseño de portada: Luis Fernando Escalona.
Corrección de estilo: Ignacio Martín y Luis Fernando Escalona.
Publicado en México, 2015.
1ª edición digital.
ISBN: 978-607-7570-17-2

Ala de Avispa Editores
Boulevard Ignacio Zaragoza, Condominio Granero,
Casa 36. Colonia Hacienda del Pedregal,
Atizapán, Estado de México. Código Postal 52910
www.aladeavispa.com
edicion@aladeavispa.com

Este libro no podrá ser reproducido
ni total ni parcialmente por ningún medio,
sin el previo permiso escrito del autor.
Todos los derechos reservados.

Para mi hijo

“Si no te amas... ¿por qué dejarías de patear a los perros?”

Ylia Kazama

*“...no tenemos dos corazones,
uno para los animales y otro para los hombres;
tenemos uno, o tenemos ninguno”.*

Alphonse de Lamartine

Capítulo primero y único

Cómo somos cada uno en la creación

Algunos humanos mienten y, para no seguir cuidando a un animal, lo echan a la calle, ya que ojos que no ven, corazón sin conciencia.

No les alcanza el tiempo, no están acostumbrados a cuidar a alguien más indefenso. Dicen que somos unos cochinos (como si de esto tuviéramos la culpa), nunca nos sacan y luego quieren que aprendamos modales por correspondencia, y ni siquiera nos mandan el *Manual del tal Carreño* para no aburrirnos cuando nos dejan encerrados, en patios pequeñísimos, por días y días sin acordarse casi de nosotros. Creen que las buenas costumbres nos caen con la comida que, a veces, nos avientan.

Pero no es cuestión de obediencia, es que generalmente el tiempo que estamos con nuestra familia humana es poco. Por momentos nos levantan el castigo y, en cinco minutos, tenemos que correr, mover el rabo, amarlos, tocarlos. Sentimos ansias de vernos por mucho rato en sus ojos.

Y siempre es lo mismo. La mamá o el papá diciendo:

—Ese perro travieso, ¡parece loco!, ¡va a romper algo!

Y con esto nos rompen el corazón. Pero un corazoncito de animal, ¿a quien le importa? Un florero es más importante, ¿no es cierto?

Más tarde al papá le duele dar para la comida y... en fin, nos sacan, nos pierden o nos dejan salir, a escondidas, y luego dicen que nos extraviamos.

Que alguien vino y nos robó. No enseñan a los niños a amar con el ejemplo, que es una lección simple. ¡Mienten y luego se extrañan de que sus hijos digan mentiras! Tal parece que somos desechables. Luego ellos, cuando son viejos, también son desechados.

No saben lo que duele el *estar* sin *ser*, sin existir para el amor humano. Los perros somos peregrinos del camino, somos animales comunes, pero no corrientes.

Además, los animales fuimos creados para ser compañía del hombre. Somos los mejores amigos porque tenemos cualidades esenciales:

amamos naturalmente,
somos pacientes,
alegres,
sabemos escuchar,
enseñamos a ser compasivos y comprensivos,
sabemos perdonar
y ¡no criticamos!

Cualidades que, si se practican, hacen posible que se llegue a ser un humano equilibrado.

Me llamaban *Sopónfilo* y mucho me extrañó que el papá de mis amitos me acariciara la panza y me hablara tan cariñoso, pero lo seguí de todas formas y él, con engaños, de manera cobarde me abandonó una noche en una esquina lejos de casa. ¡Me jugó una mala pasada! Los perros no somos desconfiados por naturaleza, son las patadas las que nos hacen no creer.

Los misterios de la noche me asustaron. No sabía que el mundo era tan grande; creía que la esquina de la casa era el fin del mundo. Llovía. “¿Por qué escogió la noche de hoy?”, me preguntaba. “¿No hubiera sido lo mismo de día y con sol?”

¡No, quizás no! No quería que su mala acción pudieran verla los hombres; que lo supiera Dios ¡no importaba! Él sabía que era malo abandonar a un perro. Por eso lo hizo a traición, de forma dolosa, protegido por la oscuridad.

Ni siquiera dejó que me despidiera de mis amitos, que lamiera sus caritas. ¡Cielos! ¿Cuánto habrán llorado? Lo peor que me pudo haber pasado era sentir ese *su dolor*. ¡Quería morir!

Me imaginaba lo que les dijo: “ese perro tonto se escapó, se perdió. Así son, ¡malagradecidos!” ¿Malagradecidos? ¡No! ¡Primero muerto! Nunca los mordí, sólo de broma, de chanza. Por hacerme el gracioso. De puntada me comía las pantuflas, las camisetas. Digamos, ¡por payaso!

Los amaba con bondad de perro, ellos eran mi familia y yo el “Segunda Base”, la “Muñeca”, el “Alumno”. Juguetón y bromista. No era su juguete, ¡era su compañero! Compartíamos juegos, malas calificaciones, sueños, regaños, mojadas bajo la lluvia, peligros, alegrías, tristezas.

Al ver la miseria del mundo me sentí solo... solitario. El abandono y el engaño me dolían tanto. Así, me acosté en la tierra y lloré a moco tendido.

Pasé hambres, patadas sin motivo. Conocí miles de caritas de niños; nunca volví a ver a Luis, Lucía o a Mario. El “pinche perro” se hizo parte de mi vida. Quise olvidar sus voces y el nombre con el que me llamaban.

Recordaba con frecuencia que los acompañaba a la esquina cuando se iban a la escuela y regresaba por ellos. Cuidaba la casa de ratas y ladrones. Mantenía alejadas las malas vibraciones. Me hacía de la vista gorda cuando un gato o pájaro se aventuraban a robarme parte de mi comida. Aprendí a leer con Lucía porque jugaba a la Escuelita; ella era la Maestra y yo, su alumno. A mediodía, mientras mamá hacía la comida, y al arrullo del canto de los

gorriones, dormía a pata y oreja suelta. ¡Eso sí!, acostado de tapete en la puerta, por lo que pudiera ofrecerse.

Por la tarde jugaba con Luis y Mario, y con los cuates; era el segunda base y tenía mi gorra de jugador; después, con Lucía a la casita. Por supuesto, dejaba que me vistiera de muñeca. ¡No me daba pena! Un perro seguro de sí mismo se presta para ser la muñeca de una niñita buena. Los acompañaba a estudiar y algo aprendía. Por las noches me ponían un jergón afuera de la sala y podía ver, a través de la ventana, la televisión un rato.

Después, empecé a obligarme a recordar menos; era tan doloroso pensar.

Aprendí, como animal callejero, que el cemento ¡no se come! Que el hambre primero duele y luego duele más; pasa a ser como parte de la panza de uno. Viví y supe muchas historias de animales solitarios y abandonados. Olvidé mi nombre y pasé a ser peregrino de un camino largo y sinuoso. No acepté que el sufrimiento fuera parte de mí, pero lo era a pesar de mi optimismo perruno. Además, aprendí que cada uno tiene su perronalidad o gatonalidad; que somos iguales, pero cada uno piensa y hace las cosas de diferente manera.

La necesidad es una realidad y la comida es un sueño doloroso. Me topaba con el hambre en cada calle. Quería escaparme de ella, pero siempre me alcanzaba.

A veces, la mejor suerte era encontrar un poco del caldito jabonoso que quedaba de las ollas que lavaba y tiraba Doña Petra en la coladera. ¡No importaba el jabón!, sino la ilusión de estar comiendo carne.

El hambre es, siempre, hambre de comida, hambre de caricias, hambre de vernos en los ojos de los humanos. Pero las demás necesidades cambian según las estaciones. En temporada de calor, un charquito es una esperanza

refrescante muy grande y una sombra es lo mejor que puedes encontrar. En la lluvia, un techo es el mejor regalo. Sin embargo, las lluvias primaverales son para darse un chapuzón. En el frío, un jersey o suéter es el sueño de todos.

Pero dicen que "no hay hambre que dure cien años, ni perro que la resista", así que un día cambió mi suerte: ¡encontré trabajo!

Me contrataron en una tienda: "La Inmortal". Cuidaba al patrón, las cosas por la noche; me dejó la jerga y las sobras para comer. El Dueño no me veía, sólo me había contratado como trabajador. Suponía que, como su empleado, no tenía sentimientos o ganas de mejorar poco a poquito, ya que nunca se dirigió a mí con cariño, con gusto. Tampoco me dio un aumento, ni de comida ni de responsabilidades; sólo esperaba que cumpliera mi trabajo. Así lo entendí, ¡así lo hacía! Don Pancho me contagiaba de su aceleración, de su prisa. Me afectaban sus estados de ánimo.

Un día, que no abrió, me llevaron a la fuerza de allí, me amarraron con un mecate –me sentí ropa tendida–, me pegaron. Pero eso no fue lo peor, ni la humillación de sentirme "no razonable", sino que el mecate era muy corto y el niño de la casa me azuzó e hizo que me enredara una pata. Por más que gemí, nadie de la casa me hizo caso. Total, era sólo un perro latoso. Pero en la mañana que se dieron cuenta, mi pata estaba hinchada, lastimada. Tardé muchos días y noches en recuperar el movimiento; no como antes, era torpe; pero al menos tenía todas mis patas completas. Para un perro, las patas son muy importantes.

Luego se descuidaron, dejaron abierta la puerta y me pude escapar de esa casa –que estaba cerca de la tienda–, donde olía feo, y donde el papá les pegaba a todos con el cinturón o con un cable, y siempre, ¡siempre!, estaba tomando de una botella verde.

Al fin, no sé cuánto tiempo después pude regresar a mi empleo. Con esta mala experiencia, se me desarrolló la intuición; porque para sobrevivir en la calle es indispensable la prudencia, la sumisión, la fidelidad y tener el rabo entre las patas. Se es más agudo intelectualmente viviendo a la intemperie.

Con el rabo le pedí disculpas –aunque yo no había tenido la culpa– y Don Pancho dejó que me quedara.

Cuando pasaba el señor de la botella verde frente a la tienda, le ladraba fuerte y le enseñaba mis colmillos para demostrarle que no me caía bien. Después, cariñoso, lamía mi pata, ¡contento de tenerla!

Cumplía con mi trabajo, platicaba con los otros perros, chismoseaba, salía con alguna perra. Pero nada más. Una que otra persona se dignaba mirarme. No existía. Aprendí a pasar desapercibido para no recibir patadas.

A veces, algún niño quería acercarse a acariciarme y su mamá siempre le decía, pegándole en la mano:

—¿No te he dicho que no te acerques a los perros desconocidos? —Si no lo dejaba acercarse, siempre íbamos a ser desconocidos.

—¡Huele a perro! —gritaba. Pues claro, si soy un perro; lo horrible sería que oliera a algo que no soy.

—Puede tener rabia o sarna.

—¡Uy! Ni Dios lo quiera, ¡qué miedo! Cuentan historias horribles al respecto.

Los perros callejeros podemos tener muchas pulgas y enfermedades, somos considerados como de baja casta, pero no somos malos, ya que sabemos amar sin traiciones. Valoramos una mirada de cariño, sabemos darle una oportunidad a toda raza viviente sin prejuicios. Somos limpios de corazón. También nos da más miedo morir, irnos sin haber podido cumplir nuestra

misión de ser los mejores compañeros del ser humano. Aunque no le demos ese nombre, sabemos de temores; lo único que no sentimos es lástima de nosotros mismos, aunque sí una compasión grande por los humanos que andan como nosotros y ni siquiera se dan cuenta de ello.

En ocasiones, con un hueso parecemos loquitos de atar, y si tiene un suspiro de carne, ¡mejor! Corremos a nuestro refugio preferido y a darle gusto a la tripa. Porque este placer no es de todos los días. No es que nos conformemos con cualquier cosa, es que aprendemos a disfrutar la vida de manera sencilla, sin complicaciones; pero siempre, siempre, queremos ser mejores.

Con el tiempo, cuando acepté mi destino, dejé de hacerme la ilusión de que un día irían por mí. Me hice amigo no sólo de los perros, sino de todos los animales que vivían en el barrio. En la carnicería "La Madison" trabajaba Doña Gata, y ella siempre, al mediodía, tomaba el sol, mientras sus amos despachaban a las clientas. Su nombre era Sandra, para los cuates la "Tatis", al menos era lo que ella decía.

Como buena felina, les maullaba a las moscas y éstas, melodramáticamente, la ignoraban. Los pájaros se sacudían el alba mientras, a través del cristal, se imaginaba que los cazaba. Lamía y lamía de derecha a izquierda, para limpiarse las orejas. "Ser blanca" era su lema. No sabía que sus manchas la llenaban de belleza.

Nada la acalambraba, decía que su madre había sido siamesa y su papá un gato rico de Angora; que venía de buena familia y que ahí había adquirido sus buenos modales. Contaba que un día, siendo muy pequeña, la quitaron del calor de su madre (amaneció en la carnicería), pero que sus amos eran buenos

y no olvidaría la buena cuna, el linaje de donde venía. Todo esto era un orgullo para ella.

Perseguía ratas, moscas y pájaros, aunque no para comerlos –ya que es de mala educación comerse a los juguetes–. Cumplía con su trabajo lo mejor que sabía. Su novio era Suertudo, un gato cartujo gris acero, travieso y malhora como pocos. Era de veras listo; siempre encontraba la forma de abrir las cosas, tenía una facilidad, casi humana, con las patas delanteras. Siempre andaba jugando y tramando alguna travesura.

Teníamos a Lola, una amiga que venía cada año a vernos. Era una perra de circo. De todos, era la más importante. ¡Imagínate!, había viajado por todos lados, conocía cada charco del mundo; nos contaba que, a la salida de la ciudad, había un anuncio en una barda que decía:

"Los trabajadores, transportistas, obreros, campesinos,
estudiantes, niños, señoras y perros,
exigen al gobierno que les dé una vida digna".

Entonces, hablábamos de la esperanza que esta petición generaba en nosotros.

Ella era obediente, había aprendido sola muchos trucos y su amo, el payaso del circo, los ponía en práctica en la función de la noche. Nos contaba de la emoción que le daba el aplauso de la gente y el placer que tenía al oír la risa de los niños. Su amo no era afectuoso, pero ella decía que era parte de su familia; que él tampoco era feliz, ya que su risa era fingida. Bueno o malo, ¡él era lo primero que había visto de chica!; por eso, sentía un amor muy especial, ¡aunque no se lo mereciera! Que ese lugar era realmente cruel, que la vida era

muy, ¡muy difícil! A veces trabajaba tanto, sin recibir siquiera un poco de agua, que echaba espuma por la boca.

La última vez que la vimos estaba muy triste, ya que a sus hijos los estaban dedicando a la pelea. Y esto era vergonzoso para ella; además, los tenían viviendo en solitario, casi sin comer; solo los usaban para ganar apuestas; eran maltratados y, según decía Lola, esos perros viven poco.

Mientras nos decía esto, las pezuñas se le crispaban y sus ojos se llenaban de lágrimas; estaba enojada y preocupada. Pensaba en la forma de salvarlos. Tenía un plan para huir. La última vez que la vimos se despidió de nosotros para siempre. Pedíamos mucho a Dios por ellos... ¡Pobrecitos! Pero pelear por ser libre es parte de la vida. Uno no puede quedarse atado a la soga; si aprieta ¡hay que roerla hasta romperla! Duela o no, la libertad es lo único viable y vivir, ¡no sobrevivir!, es lo único digno. Cualquier animal sabe esto.

Mi amigo de vida, Negro, de joven había vivido con un escritor, pero éste lo dejó con unos amigos cuando partió de viaje; de ahí su gusto por hacer poesías al respecto de "por qué suspiran los perros" y por la cultura. Era un perro alegre, movía el rabo por todo y a todos. Decía que no eran importantes los días en nosotros, sino nosotros en el tiempo.

Nos decía que la fe ¡mueve todo!, que es el principio de la acumulación de bienes y suprime toda limitación. "Ojalá mi fe fuera muy grande para poder mover muchos pedazos de carnita a mi boca", pensaba.

Hablaba de Metafísica, y nos enseñaba a tener buenos pensamientos; tenía sueños románticos. Se reía mucho al comentarnos que es mejor la envidia que la lástima. Así que era preferible decir "¡ay, cómo envidio a...!", que decir: "¡pobrecito, mira qué amolado está!".

Era el único sobreviviente de "La Masacre de La Bodega". Era una historia triste y llena de crueldad.

Cuando joven, tenía una pandilla de perros callejeros, que acostumbraban jugar juntos. Un mal día los persiguieron unos muchachos y el señor que vigilaba les abrió una puerta enorme y los dejó esconderse. Luego les echó comida en un lugar que tenía algo en el piso que les ensució las patas. Al no poder salir, se quedaron a dormir ahí.

A la mañana siguiente los despertó un ruido ensordecedor. Muchos trabajadores estaban enojados al descubrir que ellos habían echado a perder el cemento de un piso nuevo.

El jefe (de alguna manera hay que llamarlo) les ofreció cincuenta monedas por cada perro muerto y los mataron de las formas más horribles. Mi amigo se salvó al esconderse debajo de una montaña de arena. Al salir, se dio cuenta de lo que había pasado. Se llenó de horror al ver a sus amigos colgando de las esquinas de la construcción. No sólo a sus amigos; los hombres, por el dinero, habían matado a todos los perros que se encontraron: el baño de sangre terminó al anochecer.

Los hombres los dejaron colgados para que sirviera de lección. Por la noche se echó junto al velador y oyó su confesión. Él los dejó pasar para desquitarse del jefe, pero nunca pensó que eso llegara a suceder; estaba realmente arrepentido y lloraba al verlo.

En la madrugada, le abrió la puerta y lo dejó escapar. Nunca volvió la vista atrás y, de golpe, dejó de ser un perro joven, para volverse un perro triste; con una tristeza tan larga como sus orejas. Por eso decía que pertenecía a la orden de los perros poetas que escriben desde la maldición de ver la hermosura de la poesía y la crueldad del mundo.

Sin embargo, no tenía rencores que cobrar; sólo pensó que ese lugar estaba maldito y que nunca nada podía florecer ahí. La sangre no es un buen negocio y todo será pagado. Ojo por ojo y perro por perro. La venganza es una cuestión netamente humana –de alguna manera hay que llamarla ¿no?–.

Nos comunicaba las ventajas de ser callejeros; una de ellas, que éramos muy listos y no necesitábamos ir a la escuela. Nos entrenábamos solos a pasar las calles, a ser obedientes, a identificar el peligro; en cambio, los perros ricos, por más que los mandan a la escuela, no aprenden y casi siempre están aburridos. Porque para nosotros aprender ¡es un placer! y para ellos, ¡una obligación! Decía que quería formar un partido, el:

PUP (Partido Único de Perros)

O PUPECALI (Partido Único de Perros Callejeros Listos).

No le entendíamos mucho, pero era a todo dar oírlo. Decía que en los libros se encuentra todo, todo. Yo sólo podía pensar en tener un libro para tener comida.

Era muy divertido. Si una mosca lo molestaba, la ignoraba como si ésta no existiera. La dejaba que hiciera y, luego, cuando estaba muy descuidada... ¡zaz!.... le daba tremenda mordida. Eran su botana diaria; por eso, trabajaba por la mañana afuera de la pollería, asustando moscas; y por la tarde, en el puesto de revistas, aprovechando para ver qué había de nuevo en la literatura urbana. Tomaba agua de la fuente y paseaba disfrutando el olor de los árboles. Decía que cualquier día es bueno para morir, pero que mientras se está aquí hay que vivir a plenitud. Tenía su poste preferido y lo defendía a capa y

espada. Hacía miles de poemas de amor y sus musas preferidas eran todas las perras de los alrededores.

Le preguntábamos: ¿cómo podía hacer versos con la panza vacía?, y él nos contestaba que para él era otro alimento. ¡Las letras eran su Paraíso!, y no tenía nada que ver una necesidad con la otra.

Se hizo novio de una perra blanca, para poder tener perritos blanquitos con manchas negras. No supe si esto fue o no, ya que se lo llevaron los dueños de la novia a vivir a un rancho y cambió su vida triste por el futuro de ser un Metafórico Perro Ranchero. ¡Quien es modesto y bueno, lo obtiene todo!: acuden las bienaventuranzas a sus manos.

Dejé de ver a mi amigo, pero jamás perdí el sentido de amistad que existía entre ambos a pesar de la distancia. Pero no estaba triste. Al menos él estaba muy bien, viendo atardeceres sentado bajo un árbol y pensando cursilerías, acompañado de su novia y de sus hijitos. Corriendo bajo la lluvia y cazando ilusiones. Sentado en la noche rodeado de más perros y animales; haciéndolos reír y pensar en otras cuestiones. Todavía lo escucho y me siento tan cerca de él. Por supuesto, le teníamos más envidia que lástima.

Benito, era un gato mexicano que hacía honor al nombre, ya que le gustaban las tortillas, los frijoles, los nopales y el agua de melón. Había perdido a sus amos en un temblor que sacudió la gran ciudad. A él, nadie lo había ayudado; se había venido solito buscando nuevos aires y un lugar donde vivir.

Trabajaba en una pulquería que se llamaba "El Ciclón", era bohemio de corazón y enamorado por convicción. Todas las gatas lo admiraban y los demás gatos lo envidiaban; los curados de fresa lo volvían loco de felicidad.

Confiaba en los seres humanos y cuando se le pasaban las cucharadas, igual que los que acudían a la pulquería, metía las patas en donde no debía.

Cuando andaba en ese estado alegrón, cantaba; siempre con su voz rasposa y a ritmo de mariachis, la canción que había compuesto su poetisa preferida, llamada Ylia y que dice:

"Bendito olvido
que me hace dormir tranquilo,
perdonando tus mentiras,
soslayando tus caprichos.
¡Bendito olvido!
que me deja ser contigo,
sin temores de castigo,
por haberte amado tanto
sin que sintieras lo mismo.
¡Bendito olvido!
al acordarme
recuerdo que debo pago
tu olvido con lo mismo".

ChaCinco era un perro afgano, elegante y fino –según las normas humanas, ya que para nosotros, no hay desigualdades sociales; se es perro y punto–, al que también habían abandonado; ya que las perreras están llenas de perros de todas las razas y el animal "fino" no se salva del abandono. Nos deslumbraba a todos con las historias que nos contaba. Había conocido

muchas personas en la casa donde había nacido. Decía que era muy chico cuando lo separaron de su mamá y lo regalaron.

Su ama salía de noche y se tapaba con abrigos hechos de animales; él dice que ella quería verse bella. Pero la belleza que inútilmente buscaba no estaba afuera, sino dentro de ella. Por lo tanto, no logró su deseo nunca.

Los niños –riquitos– eran muy maleducados. Le jalaban las orejas, el rabo, y la mamá no les decía nada. Ella siempre estaba cansada, gritando “que la dejen dormir” y de mal humor; el papá no estaba casi nunca. Tenía muchos lugares cerrados, ¡llenos de comida!, pero ni los niños podían tomarla cuando quisieran. Las sirvientas, en ocasiones, se acordaban de darle de comer y muchas veces lo recordaban para pegarle.

Un día, lo tiraron a la basura; como todo en esa casa, era de usar y tirar. Desde entonces empezó a deambular por las calles, buscando comida.

Cuando lo dejaron en la basura llovía y su pelo se convirtió en una maraña de mugre y lodo. Mientras en la casa rica se podía mojar por placer, en las circunstancias de abandono, traer el pelo mojado era una obligación. Cosas que tiene la vida.

Nos contaba que hay perros que viajan en las máquinas de ruido –¡vaya lujo el de los peludos esos!–, y otros viven enjaulados saliendo sólo de noche para cuidar las casas, sin contacto con humanos. ¡Condenados!, como si hubieran cometido miles de crímenes.

Que no siempre el vivir en casa de ricos o el estar dentro de una máquina de ruido –que los humanos llaman coches– es agradable, ya que en el primer caso eres parte de la decoración y, en el segundo, los carros huelen a sol caliente, y es asfixiante estar horas y horas guardado ahí, sin poder marcar el terreno. Que no siempre el dinero quita el hambre y da felicidad.

Decía que la filosofía cambia según el lado en que vivas: "Si te dejas el pelo largo y andas en sandalias siendo rico es que eres excéntrico, pero si lo haces siendo pobre es que eres ¡un fracasado!". Pero los perros no tenemos estos conceptos de éxito o fracaso, sólo sabemos de vida y de amor, para nosotros, nuestras familias o amos son siempre seres vivos de profundo éxito.

Tenía un talento especial para llevarse bien con todos. No guardaba ningún rencor. A los pájaros les convidaba de la poca comida que sacaba del basurero; era el papá, el hermano, la cobija de los demás. No quería tener novia porque le daba preocupación que nacieran perritos que serían condenados a los golpes y a morir de hambre.

Tampoco sabía cómo hacerle para no tener hijos. Aunque siempre se preguntaba: ¿cómo sería tener perritos parecidos, pero no iguales?

Siendo más grande, nunca lo vi enojarse con nadie; era muy noble, como debe ser un buen perro. Su paciencia era como la del perro de Job, –porque hasta Job debe haber tenido un perro–. Nunca lo oí quejarse, o maldecir su suerte; veía la vida sólo como era: una vida con altas y bajas, como la rueda de la fortuna.

Capi era un perro vagabundo ¡muy perro! Había nacido en un barrio, o sea que era malhora, pero en el fondo –muy en el fondo– ¡era bueno! Sus malos amos lo habían tenido amarrado de día y de noche, había sido tratado como bestia, matándolo de hambre, le pegaban con el palo de la escoba, lo dedicaban a juegos sanguinarios, era explotado con crueldad. Pero un día, a escondidas –como había visto en la tele–, se subió a una camioneta y cuando se bajó, ¡había llegado al Paraíso!, o sea éste lugar. Para él, éste lugar era su casa y nosotros ¡su única familia! Para Capi representó la libertad, el dejar de

sufrir, de pelear con otros animalitos sin querer hacerlo ¡y mira que en la calle se sufre!

Así que era el más agresivo, no soportaba que un humano se acercara. En las noches o los días fríos, se refugiaba en el lomo de Chacho. ¡Tenía tanto miedo!

Capi nos decía que los perros no hemos cambiado, pero que estamos cada vez más mal comidos porque la sociedad y la economía de los países sí ha cambiado y por esto: "no nos pueden amarrar más con longaniza".

Y esta leyenda, que circula entre nosotros, es tema de cualquier plática. Antes, era diferente la vida para los perros. Sabroso el asunto ese de la longaniza...

Bilibertoelhermoso era el mosquetero romántico, creía en todo lo bueno, nunca le hartaron las caricias. Su corazón era del tamaño de un estadio de fútbol, era impertinente, juerguista, incansable, tenaz, tunante, simpático y ¡el que dejaba embarazadas a todas las perras que se cruzaban en su camino! Donde ponía la pata, nacían perritos.

¡Él sí tenía amos!, pero era tan vago que nunca lograban tenerlo quieto; siempre encontraba una manera de salir a pescar romances. Un día, unos vecinos lo atraparon y lo amarraron a un poste, ¡dizque para que no escapara y no siguiera haciendo cochinadas!

—Vaya manera de hacer el "bien", ¡digo!

Bilibertoelhermoso se quejaba de esta represión, ya que sabía de la "libertad de expresión". Él sólo quería expresar Amor. Además, no tenía una conciencia muy grande; por lo tanto, sólo pensaba en la diversión, ya que, según él: "la vida es corta, pero muy corta... ¡y hay tantas perritas lindas por ahí!".

Teníamos un amigo que se llamaba Perro, así de sencillo; nadie, ni por error, le había puesto nombre y él quería ser sólo Perro. Feo; digamos, destartalado. Nada orgulloso.

Era rubio deslucido, deslavado y cochino; sólo una oreja se le levantaba. ¡Pero era muy divertido!, tenía la sonrisa a flor de dientes.

Perro y yo jugábamos en la mañana, muy tempranito. Conforme salía el sol, nuestras sombras jugaban también con nosotros.

Él creía que su suerte mejoraría y se esmeraba con todos los que pasaban, para que lo vieran siempre ocupado haciendo cosas.

Cuando llegaba el niño que vendía tunas y frutas, se hacía la ilusión de que tenía un amo; y si el niño se alejaba del puesto, por un momento, se subía y cuidaba las tunas, como si fueran de él. Ladraba y ladraba.

Luego supe que se fue a vivir y cuidar a don Guille, el dueño del Cementerio de Coches, y me preguntaban los demás: “esos carros: ¿alguna vez fueron nuevos?”.

“¡Por supuesto!, como nosotros, alguna vez fuimos jóvenes y bellos. Alguna vez, como quien dice, ‘fuimos del año’”.

Extrañé a mi amigo Perro, sus risas, ¡los juegos!

Pero su fe hizo que su futuro fuera mejor. Ahora es un ejecutivo de la rama automotriz.

Claro que hay muchos pobrecitos perros cuya vida es demasiado triste. Una vez aparecieron dos perros ahorcados. El "ahorcador" después apareció en un librote llamado "Susto" –que nos enseñó Negro–, porque mató a un humano; y si a nadie le importó el que hubiera matado a dos animalitos, por supuesto tampoco les importó la persona. La justicia humana es bastante inhumana; pero, por supuesto la Verdad Divina sí tomará medidas pertinentes;

ese mal ser humano pagará ojo por ojo, o mejor dicho, ahorcado por ahorcado. Cuando, en el recuento de los daños, le pasen la factura, entonces aprenderá que matar tiene sus consecuencias en este mundo y en el otro. Los animales o personas que son asesinados como si de una broma se tratara, por ocio, por mero aburrimiento, se mueren en serio.

En esos años, pocos humanos se dirigieron a mí; pocos me miraron y menos me hablaron. ¡Con la necesidad que tenía de palabras, de miradas! Extrañaba todo, las risas compartidas con humanos, me hacía falta pertenecerle a alguien y que alguien me perteneciera; no con posesión, sino desde el libre albedrío de amar y ser amado.

Los perros sólo nos podemos ver en los ojos humanos, así que ese largo tiempo no supe cómo era. Mi pelo, que cuidaba Lucía, estaba lleno de mugre y pegado. Mis costillas se podían contar. Extrañaba el agua con la que me bañaban. Muchas noches soñé con ellos, con un buen baño y luego dormir a pata suelta, mientras mamá cocinaba. Luego me empezó a doler el recuerdo y dejé de hacerlo. Sólo suspiraba de vez en vez.

Muchos carros trataron de matarme, pero escapé. Mi perrángel siempre me salvó.

Tenía la sensación de que, cuando un carro me veía que iba a pasar la calle, aceleraba más, ¡como si no tuviera entrañas! Vi a muchos compañeros ser apachurrados por esas llantas que van a mil como verdugos por las calles; y sus tripotas quedaban por el asfalto.

Un día atropellaron al Zisco y al Fadis, ¡pobrecitos!, se quedaron quietos, ya no contestaban el saludo. La verdad es que ellos no fueron culpables, sino el que manejaba la máquina de ruido ya que, en vez de hacerse a un lado,

parecía que tenía en su mente el atropellar a cualquier cosa, animal o persona que se cruzara en su camino.

Estuvieron muchos días en la calle, empezaron a quedarse tiesos, las moscas vinieron a rondarlos, ¡olían mal! Ninguno pudo hacer nada por ellos. Hasta que unos humanos compasivos los taparon con polvo blanco y luego los pusieron en el camión de la basura; para nosotros, ése es el "Cementerio de los Perros Abandonados". ¡Benditas almas humanas que aman a los animales sea cual sea la raza!

Todos guardamos un minuto de solemne silencio; luego, con tres ladridos y un aullido largo, dimos a conocer que ya no estaban más en este mundo.

Nos dimos cuenta de que al estar vivos, tratan de matarnos, pero al estar muertos, todos evitan apachurrarnos, y no sé si esto es por respeto o por asco. Sería mejor tener respeto por la vida, sea cual sea el portador de la misma.

Nos preguntábamos: ¿adónde irán los perros, gatos, pájaros, humanos que mueren en la calle? Tal vez, no importa cómo o dónde mueran, siempre se van con Dios, con sus hermanos animales. Todos salimos del mismo Dios y nos reintegramos a Él.

También tenemos perrángel o gatángel, según la raza que seamos. Decimos oraciones. Cometemos errores. También lloramos y aunque algunos dicen que no tenemos alma, no saben nada de almas porque la ven desde el punto de vista meramente humano, como si Dios hubiese creado un mundo sin alma, sin tiempo. Y esto no es cierto.

¡Caray!, uno no deja de ser perro nada más porque sí, o nada más porque pase un carro y lo mate; uno no deja de estar aquí por no estar ya.

Cuando alguno cercano moría, era llorado; y allí iban la Greñas y el Babas a visitar a la viuda, a la madre, a la novia, a los hijos, para darles la mala noticia y siempre se quedaban quietas, llorando sin lágrimas.

Muchos se suicidaban. El juego empezaba con perseguir a las llantas o gomas, morderlas y acabarlas de una vez por todas. Luego, iba subiendo el tono; ¡ya no era más juego!, era ver quién acababa primero con quién. ¡Era una lucha a muerte! Y ganaban siempre las máquinas inhumanas, manejadas por seres duros y fríos.

Había perras con tumores horribles, siendo madres sin saber exactamente por qué y sin saber cómo evitarlos. Tristes de que cada temporada nacieran más perritos sin familia y sin comida. Perros bebés con sarna. Animales a los cuales se les notaban las costillas, como si fueran una radiografía.

Muchos mueren de manera solitaria, dolorosa y sin consuelo. ¡Olvidados! Rodeados de desamor. Otros mueren con la mala ayuda de los muchachos drogados, ¡quemados vivos! La crueldad de los seres razonables es demasiado grande. Pero esos muchachos eran tan parecidos a nosotros, seres sin amor, sin hogar, exiliados de la vida, teniendo que habitarla sin que la vida los habitara amorosamente y eso no podíamos cambiarlo. Sin embargo, hay otros muchachos de la calle que nos toman como compañeros, como hermanos y con quienes se comparte el periódico para taparse, la noche, la soledad, pero sobre todo el abandono. A ellos, nosotros los comprendíamos perfectamente; pero más que eso, los aceptábamos para poder amarlos desde nuestro corazón de perros.

Cuando veía una iglesia abierta me metía a hablar con Dios. Le pedía por los más indefensos; rezaba para que los seres humanos fueran buenos con nosotros; para que se dieran cuenta de que, si bien no pensamos como ellos,

¡sí lloramos y sentimos!; para que abrieran los ojos, el alma, y supieran que ¡habitamos el mismo mundo! ¡No por capricho, sino como don divino!

Oraba con fervor para que tuvieran conciencia del bien y del mal antes de que fuera tarde; antes de que se quedaran muertos y tuvieran el peor castigo: "La Eternidad sin Dios". Le pedía perdón por mis actos malos y perdonaba las patadas sin motivo. Sentía un calorcito agradable al llenarme otra vez de la paz que da el estar en contacto con el Bien.

Dios es Dios y cada uno le hace un templo diferente, pero el Dios existe y es, sea cuál sea su nombre o creencia. Yo solía entrar a una iglesia y ellos me pateaban para que me saliera. Otras señoras hablaban entre ellas, decían que era una falta de respeto que anduviera por ahí, así desnudo, que olfateara todo el templo y dejara mi olor para que mi perrángel supiera que había ido a misa. Decían que las distraía de sus oraciones. Pero uno se distrae sólo cuando camina por la vida distraído. Yo, al entrar al templo, no me distraía nada.

Pero ellas no querían saber que no leemos muy bien, que para poder buscar al santo preferido tenemos que olfatear dónde anduvimos ayer. Dejar un olor para recordar mañana que la fe le llega a todos los seres, humanos o no, de este planeta. Además, Dios nos creó y nos quiere también a los perros y a todos los animales o bichos. Él nos hizo como somos; por lo tanto, ¡mal hechos no estamos!

A pesar de que quería tener una familia humana, me daba miedo amar, confiar otra vez. Una que otra novia, mis cuates, mi jerga, mi hueso y un empleo en la tienda, con eso me conformaba.

Se me iban juntando los días y los años en un cotidiano sufrimiento; cada vez éramos más perros buscando comida o algún cariño. Ayudaba a cuantos

podía, pero nunca era suficiente. Miles de animalitos nacen cada día, y para colmo, los problemas sociales aumentan la agresividad de la gente.

Así seguí viviendo, pensando. Preguntándome cosas que no tenían respuesta.

Un mal día, don Pancho no llegó a abrir la tienda. Me enteré que había muerto y me quedé sin trabajo. Murió de pulmonía; ¡pero como no!, si nunca lo vi con camisa, siempre andaba con una camiseta que no tapaba nada; debió haber sido blanca, pero que ya era entre gris-negrusco.

Nadie tomó en cuenta mi dolor al perder al hombre que me había dado trabajo, a la única persona en el mundo que me hacía existir a través de ganarme la comida y la jerga para dormir. Hice guardia en la puerta de la tienda en su honor, fui a misa, le pedí al buen Dios que lo ayudara en su nueva vida, como él me había ayudado a mí. Que lo tuviera cerca, le diera trabajo, comida y un lugar para dormir.

No me quería mover de la puerta, y aunque sabía que no lo haría: ¡esperaba que regresara! Me costaba trabajo entender y asumir la realidad. En ese estado de poca conciencia, debido al dolor que sentía, vi pasar muchas noches con sus días.

Realmente la tristeza me dio muy duro. ¡Ya no quería sufrir más! Todo el dolor y abandono me cayeron encima. Había llorado tanto. En ese momento, perdí la esperanza. Estaba echado con el espíritu quebrantado, pensando en aventarme bajo las ruedas, sin importarme el dolor de ser un apachurrado más.

Entonces, Dios, ese Dios que creó al hombre, a los animales, a las plantas y a todo –aunque el hombre se sienta el único creado por Él–, se apiadó de mí y me puso en el camino de Alejandra, José y Paty. Más bien, los puso en mi camino.

Oí un grito de miedo. Era Paty que, asustada, gritaba. Unos muchachos malos, o debería decir mal queridos y aconsejados, le jalaban el cabello y querían arrebatarse las monedas que traía. Ella, con su muñeca en los brazos, me recordó a Lucía y ni tardo ni perezoso me enfrenté a ellos.

Eran más, así que cuando estaban a punto de tundirme a golpes y de quemarme vivo aparecieron José y Alejandra. ¡Nos salvaron! Como quién dice, hicimos un buen equipo y hasta la muñeca de Paty le entró a los cocolazos. Cuando terminó la batalla me hablaron.

—¡Qué valiente! Ven perrito... ven... ¡acompañanos!

“¿Era a mí?, ¡digo!, ¿de verdad era a mí a quien se dirigían?”, preguntaba con el rabo.

Y debo decirles que los rabos de los perros siempre tienen la esperanza de que sea a ellos a quien le hablen con cariño. Sonreí como sabemos los perros hacerlo: bajé las orejas, entorné la mirada y levanté la quijada. Alejandra me dijo: “¡ándale!, que mamá debe estar preocupada”. Y así nos conocimos.

Los animales tenemos nuestro propio lenguaje. Maullidos, ladridos de gusto, de ansia, de pesar, de hambre, de agradecimiento: todo nuestro cuerpo tiene un lenguaje; depende de cómo se mueva cada cosa, se dice algo. Los ojos, las orejas, nuestro querido rabo tienen mensajes; nuestra lengua sale para ver cómo está el clima, para besar, para lamer, para probar, para avisar que estamos cansados. Y yo estaba tan contento, ¡que lamía y movía todo!

La mamá, Carmen, me vio entrar y dijo: “lo vamos a platicar con papá en la cena. Hay que curarle las heridas”.

—¿Cena?... ¿será comida? —preguntaba con la mirada puesta en los ojos de la madre.

Los niños les platicaron de lo valiente que me porté y que si hubiera querido morderlos ya lo hubiera hecho. Vivía con ellos su abuelita y ella me dio de cenar sopa de letritas, no de letrinas, como la que comía diario.

¡Cielos, sí que soy un perro afortunado!, pensé; aunque dure sólo un día, no importa. Me prestó el tapete de la puerta para dormir; ¡qué lujo, compadre!

Nunca lo hice con el interés de que fuera pagado con todas estas atenciones. Además, estaba a punto de dejar que una negra llanta me aplastara y estos niños me devolvieron las ganas de seguir en la batalla, (a mí y a mi pobre lengua). Mañana será otro día, pensé, y dormí con la tranquilidad de no ser pateado sin motivo. Ronqué, ronqué, soñé, soñé.

Cuando la mañana llegó y la mamá se levantó, me dirigí a la puerta; la miré, moví el rabo. Era hora de irme a la calle, pero no podía sin antes decirle con las orejas y con mi lengua lo mucho que les agradecía las atenciones recibidas, y todas esas cosas que se sienten cuando está uno realmente contento con Dios y con la vida; quería decirles que ellos me salvaron a mí; que pensé ser el héroe pero que ellos me habían devuelto la certeza de que la Esperanza llega en el momento menos pensado y la Fe nos abriga como un regalo más de Dios.

Me habían salvado de perder la Fe, la Esperanza de que llegarían tiempos mejores y que no debía darme por vencido, sino trabajar diariamente. Me enseñaron que hay que perseverar en la adversidad.

Quería decirle, también, que me despidiera de los niños, del papá, de la abuelita Maricela. Ella me vio, me miró, me re-vio, y yo la miré. Y cuando me acarició la oreja, me dijo:

—Vamos a desayunar y luego los niños te arreglarán un lugar —me acarició la cabeza y me vi en sus ojos.

Y cuando dijo:

—¡Anda, vamos! —supe que había encontrado una familia, y esta vez, para siempre.

—¡Amor! ¡Mario! —el padre se llamaba Mario, como mi amito niño anterior. ¡Esto es una señal de Dios, de mi perrángel!—. Hay que comprar una casita para el orejón, no puede dormir en el tapete todos los días.

—¡Sí, sí puedo! —le dije brincando a su alrededor.

—Si va a ser nuestro perro, debe tener nombre y casa, digo ¿no?

Y el papá le contestó:

—Claro, si va a aumentar la familia, debe tener cuidados. ¿Están de acuerdo, niños? Él necesita de su cariño.

—¿Quién de ustedes va a ser responsable?

Y tres voces se oyeron:

—¡Yo lo vi primero!, no yo... bueno los tres.

—¡Tiene cara de listo!

— Cómo se llama?

—Listo no sé si soy, pero amoroso y afortunado, eso sí que se lo aseguro —dije lamiendo sus manos.

Y el papá continuó:

—Ah, y croquetas para que se ponga fuerte, ¿eh? Aprenderemos todos juntos a cuidarlo.

—Hoy le toca baño y, después, que lo vacunen.

Cuando ellos me abrazaron, ya no había obstáculos para la unión, sentí que tenía mamá, papá, hasta una abuelita y a esos maravillosos seres que son los niños, como hermanos. Y que ellos me tenían para hacerles bromas;

ridiculeces románticas, para reír juntos, para serles leal, amarlos y defenderlos siempre.

Al fin, ¡tenía una familia!

—¿Baño?, ¡sí, sí, sí! —rodaron lágrimas, pero esta vez de felicidad. ¿Quiénes serán esas croquetas? ¿Qué será la vacuna?, me preguntaba. ¡Si es bueno, quiero doble... doble...!

Hay momentos fundamentales en la vida y éste era uno de ellos. Sin miedo dije: “¡Sí, sí quiero!” Y así nos adoptamos. ¡Gracias Diosito, soy un perro con suerte!

Cuando todo parece perdido, Dios nos pone una mano amorosa encima, sólo es cuestión de saber verla y no dejarla pasar. Sólo es dar un salto de Fe. De darle al amor una oportunidad —pensé— mientras los veía.

Con lamidas, olfateos y movidas de rabo les hice saber que estaba feliz. Más vale causar envidia que lástima. ¡Buen Dios, haz que todos causemos envidia y que todos tengamos una familia y amor!

Danos la libertad a los animales de cualquier raza y a los humanos de cualquier edad, de vivir sin temor para poder tener un corazón bondadoso.

Y desde este hogar, espero poder ayudar con esta historia a mis hermanos, niños, amigos, humanos, perros, gatos, animales de todas las razas. Ya lo dije, ¿verdad?

Ojalá todos tuvieran la misma suerte o la valentía de asumir que el amor tiene manifestaciones misteriosas; no debemos desconocer el amor, cuando lo sentimos, por miedo a que suceda lo que fue en el pasado. Porque la epifanía del amor pasa pocas veces en la vida, pero suele durar para siempre si uno no olvida que todos ocupamos el mismo mundo y fuimos hechos por Dios, con amor.

Y con el mismo amor les dejo una lamida, para que sepan mi nuevo nombre:

CLETO

P.D. Si tú Mario, Luis, o tú, Lucía, leen estas líneas, sepan que no los abandoné; que siempre los llevaré en mi inmenso corazón de perro.

“Cuando veas algún ser indefenso, niño/animal/vegetal
abandonado o sufriendo,
¡si puedes, ayúdalo!, y pide a Dios lo ilumine,
y, si está cerca su fin, que sea pronto y sin sufrir mucho.
Y por favor, ¡nunca!, nunca lastimes, ni te aproveches de tu superioridad,
que desde nuestro mundo animal, también sentimos y amamos.
Para cada espíritu bueno, para cada adulto cariñoso,
para cada niño divertido, hay una oreja dispuesta a escuchar tus penas
y una lengua dispuesta a lamerte con gusto”.

Walt Whitman